

The Communism Realized

Maurizio Ferraris

Università degli Studi di Torino, Italy

e-mail: maurizio.ferraris@unito.it

Translate from Italian by Jimmy Hernández Marcelo

ABSTRACT

The present paper attempts to present the nature of the documедial revolution, as well as the value of documедial capital for 21st century societies. Through an analysis of the fundamental concepts of communism (work, alienation, surplus value, etc.) we want to understand the fact that many of the ideals proposed by Marx find their realization in technologized and globalized societies. In the same way, we expose the deficiencies of both capitalism and communism in their categorization of capital. Finally, an attempt is made to understand the political phenomena of populism and fascism in the light of the theorization of the documедial revolution in order to prevent the new panoptic from paralysing authentic democracy.

WORK TYPE

Article

ARTICLE HISTORY

Received:

6-October-2018

Accepted:

22-December-2018

ARTICLE LANGUAGE

Spanish

KEYWORDS

Communism

Documедial Capital

Social World

Merchandise

Big Data

© Studia Humanitatis – Universidad de Salamanca 2018



NOTES ON CONTRIBUTOR

Maurizio Ferraris is full Professor of Philosophy at the University of Turin, Italy, where he is the President of the LabOnt – Center for Ontology. He has been Fellow of the Alexander von Humboldt Stiftung. His main interests are in aesthetics, hermeneutics, and social ontology, attaching his name to the theory of Documentality and contemporary New Realism. He wrote more than fifty books that have been translated into several languages. The books that have appeared in English are: *History of Hermeneutics* (Humanities Press, 1996); *A Taste for the Secret* (with Jacques Derrida – Blackwell, 2001); *Documentality or Why it is Necessary to Leave Traces* (Fordham UP, 2012); *Goodbye Kant!* (SUNY UP, 2013); *Where Are You? An Ontology of the Cell Phone* (Fordham UP, 2014); *Manifesto of New Realism* (SUNY UP, 2014); *Introduction to New Realism* (Bloomsbury, 2014); *Positive Realism* (Zer0 Books, 2015).

HOW TO CITE THIS ARTICLE

Ferraris, Maurizio (2018). «El comunismo realizado». *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 7, no. 8: a018.

El comunismo realizado

Maurizio Ferraris

§1. Introducción

EL BICENTENARIO DEL MARXISMO HA DADO COMO RESULTADO un dato previsible: Marx fue un gran pensador, que comprendió todo sobre el capital, pero su sueño —el comunismo— no se ha hecho realidad. Pero ¿estamos seguros de ello? Si observamos detenidamente, es cierto precisamente lo contrario: Marx había olvidado un elemento central del capital, el hecho de que este podría trascender la dimensión industrial y financiera. Esta es, precisamente, la razón por la que hoy el comunismo se habría realizado. Comienzo a justificar la segunda afirmación, la cual parece ser la más sorprendente. A pesar de lo que se dice y se piensa, somos la sociedad más cercana al comunismo que la historia jamás ha conocido. De seguro estamos más cerca que las experiencias históricas del comunismo realizado, y sin olvidar que la mayor experiencia lograda por el comunismo todavía está en marcha y lejos de estar en crisis, dado que China está comenzando a convertirse en el poder hegemónico del siglo XXI. Por tanto, es conveniente, como intelectuales, detener el inútil juego de condenar al capitalismo y lamentarse por el comunismo. El comunismo ya está aquí, en la revolución que se está llevando a cabo. De lo que se trata es de entenderlo y conceptualizarlo. El control de los medios de producción por parte de los trabajadores, el fin de la alienación y de la división del trabajo, una sociedad sin clases y sin estado, una nueva internacional, la dictadura del proletariado, es decir, todas las características que Marx atribuía al comunismo son una moneda común en muchas sociedades contemporáneas que se creen capitalistas.

El teléfono móvil con el que creamos datos —es decir, riqueza— nos pertenece (pero los damos gratis, desde que empezamos a utilizar el móvil) como la casa que alquilamos con *Airbnb* o el coche que utilizamos para trabajar con *Uber*. Vemos con esto el fin de la alienación, porque la diferencia entre el tiempo de trabajo y el tiempo de vida desaparece (estamos constantemente movilizadas en la web) y se reduce la diferencia entre el trabajo intelectual y el trabajo manual (una parte cada vez mayor de la humanidad de las sociedades occidentales usa los brazos y las piernas para mantenerse en forma y para trabajar usa los dedos que se mueven en el teclado). Esto indica que nos estamos moviendo hacia una sociedad sin clases, aunque permanecen y se acentúan las diferencias salariales. Nos vemos también hacia una sociedad sin estado (las prerrogativas estatales del conocimiento analítico de la población, de la emisión de moneda, del correo y del ejercicio de la fuerza pasan progresivamente a organismos extra-estatales). Además, a pesar de las propuestas supersticiosas, no menos anticuadas que la Restauración del 1814, ha surgido una sociedad globalizada, es decir, una nueva internacional, esta vez efectiva. Por esta misma razón, nos provoca pavor, pues ya es una realidad y no un vago ideal romántico. Finalmente, los populismos constituyen la primera realización histórica de esa dictadura del proletariado que

Marx veía como un momento de transición entre la sociedad burguesa y la sociedad comunista.

Esta realidad es el resultado de una revolución, no menos grande que la revolución industrial de hace dos siglos. Desde finales del siglo XVIII conocemos bien el mundo del capital industrial: produjo mercancías, generó alienación, provocó ruido, el de las fábricas. Después vino el turno del capital financiero: produjo riqueza, generó adrenalina y también provocó un poco de ruido, el de las sesiones de bolsa. Hoy se está produciendo un nuevo capital, el *Capital Documедial*: este produce documentos, genera movilización y no hace ruido. Su entorno, y su condición de posibilidad, es la web, que ha producido lo que llamo la revolución documедial, desencadenada por el encuentro entre una documentalidad cada vez más poderosa (la esfera de documentos de la que depende la realidad social) y una medialidad difusa y penetrante, tanto cuantitativa (se usan cerca de dos mil millones de teléfonos móviles) como cualitativamente (gracias a las redes sociales, todos los receptores son también *broadcasters*).

¿Cuánto sabemos de esta revolución? ¿Realmente entendemos lo que es? Después de un momento de euforia, en el que la web se ha interpretado principalmente de forma estética, como portadora de una nueva belleza y de experiencias de un mundo virtual, ha llegado la hora de la reflexión moral. Entendida desde sus inicios como una pradera donde fluye la libertad, la web se ha convertido en Gran Hermano que espía nuestros comportamientos y elabora expedientes sobre nuestras vidas. Pero lo importante es que esta lectura no es menos sectorial que la que se manifestaba en el encanto estético de la web y parece haber regresado a los tiempos de la Sociedad de Naciones y a su ilusión abstracta de gobernar el mundo sobre la base de la producción pura de normas. En algunos casos, podríamos transferir a la web (deseándole una mayor suerte) los 14 puntos del Presidente Wilson agregando algunas declaraciones de 1789 y algunas de las declaraciones de las Naciones Unidas de 1948, incluido el artículo 19 «Todos tienen el derecho de libertad de opinión y expresión», sin más aclaraciones (por ejemplo, que la opinión sea verdadera, que no incite al odio, etc.). El ciberespacio está lleno de ética, de buenas intenciones, es decir, de la materia con la que están pavimentados, como sabemos, los caminos que conducen al infierno. Mientras se debaten sobre sus principios y sus normas, un terremoto político y económico se acerca al poder. También hoy, así como en los años treinta, los populistas temen una transformación que no comprenden.

¿Qué se puede hacer para entender esta transformación? Ahora bien, la ética es una parte importante de la filosofía tanto como la estética, pero pretender que se comprende realmente la revolución documедial apelando únicamente a estas dos ramas nobles del saber es como enviar la caballería para defender un ataque de tanques. Es necesario un análisis que no se limite a desarrollar las implicaciones éticas, sino que afronte esta transformación con todos los instrumentos que nos proporciona la filosofía: la metafísica, que nos ayuda a decir qué es el mundo de la revolución documедial; la ontología, que nos dice qué existe, cuáles son los componentes de este nuevo universo en el que nos encontramos viviendo y en el que las mercancías se han convertido en documentos; la tecnología, que nos explica en qué se ha

convertido el trabajo, el cual se está trasformando en una movilización sin límites de espacio y de tiempo, y que a muy menudo produce valor que no es retribuido; la epistemología, que nos ayuda a entender qué es lo que está mal con la revolución y, en concreto, la enorme asimetría —la cual llamo «plusvalía documedia» y que es definida erróneamente como una economía del conocimiento— que contrapone la información obtenida de quienes se movilizan y aquella que se cede de forma gratuita a las plataformas; y, por último, la teleología, es decir, la respuesta a la pregunta «¿qué hacer», una pregunta que la política, reducida al análisis de las encuestas y a una campaña electoral sin fin, es incapaz de satisfacer.

§2. La revelación del arcano de las mercancías

Cuando era niño, el estribillo que se escuchaba era el anuncio del colapso del capitalismo que se avecinaba bajo el peso de sus contradicciones y del inminente advenimiento del comunismo. Era mesiánico y un poco aburrido y, además, autorizaba a los gobiernos de derecha para salvarnos de los bolcheviques. Después de 1989, el estribillo ha cambiado: el capitalismo ha ganado y obtiene éxito tras éxito —esta posición es algo frustrante, porque supone un capitalismo muy inteligente y un comunismo muy estúpido. La situación había sido posible, por paradójico que pueda parecer, por un error filosófico: por deferencia con Hegel, Marx había visto en la contradicción el motor de la historia, por lo que esperaba que el capital colapsara bajo el peso de sus contradicciones, cediendo su puesto al comunismo. Por su parte, los amigos del capitalismo han acertado al objetar que esas contradicciones no estaban allí, pero no vieron que el nuevo capital realizaba el comunismo (esto se pueden disculpar, ya que incluso los amigos del comunismo parecen no haber notado esta circunstancia).

En el mundo social está surgiendo un nuevo macro-objeto, casi un nuevo mundo, que potencialmente contendrá todos los demás. Se trata del capital documedia, un nuevo capital más rico que el financiero y que tendrá un impacto sin precedentes en la creación de valor, en las relaciones sociales y en la organización de las vidas de las personas. Si bien todavía hoy un ser humano de dos no tiene un teléfono móvil, es importante señalar que la cantidad de dispositivos conectados es igual a 23 mil millones: más del triple de la población mundial. Cada día esta conexión produce una cantidad de objetos socialmente relevantes mayor al número de fábricas en el mundo: una cantidad ingente de actos, contactos, transacciones y huellas codificadas en 2.5 quintillones (2.5×10^{30}) de *bytes*.

Estos documentos pueden ser débiles —es decir, registros de hechos (tal persona se encuentra en tal lugar a tal hora: lo dice su teléfono móvil)— y fuertes, es decir, registros de actos: Tizio ha publicado un comentario en una red social, Caio ha comprado un billete, Sempronio ha navegado en internet sirviéndose de un buscador. Los documentos débiles y los documentos fuertes constituyen el verdadero capital del siglo XXI, mucho más poderoso que el capital industrial —que se limita a producir mercancías, ahora en gran parte fabricadas por máquinas— o que el capital financiero —que solo nos da cuenta de lo que el dinero nos puede dar, esto es, no mucho y, en todo caso, no todo. En el caso del capital documedia, se ha

accedido a informaciones amplias, seguras y en muchos casos puede llegar hasta detalles del individuo que no se refieren solo a la riqueza —lo que nos indica la esencia de las cosas con la misma aproximación con la que el precio nos informa la calidad del producto—, sino también a los comportamientos, los intereses, las creencias y las esperanzas de los seres humanos.

No es sorprendente, entonces, que con el capital documental se asista a una transición cargada de consecuencias que va de las mercancías a los documentos. Esta transformación se lleva a cabo en dos direcciones. *En primer lugar*, las mercancías se producen como documentos, es decir, según una modalidad que, como sucede en la impresión 3D, hace vacilar la distinción entre trabajo intelectual y trabajo manual, ya que la interfaz que utiliza el trabajador es la máquina universal, esto es, el ordenador. Ahora bien, vale la pena señalar que para Marx una de las características infalibles de la sociedad comunista radicaba en el hecho de que ya no hubiese una diferencia entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. Por un lado, si era muy fácil argumentar que quienes trabajaban en una cadena de ensamblaje estaban haciendo un trabajo manual; por otro lado, es mucho más difícil sostener que quienes trabajan con una impresora 3D realizan un trabajo manual, o no ser que no se considere manual el trabajo que estoy realizando ahora mismo, que es teclear con mis manos en el ordenador.

De este modo, se viene reduciendo (y se reducirá cada vez más) una de las distinciones características del mundo burgués, aquella que distinguía a los cuello azul de los de cuello blanco. Sin embargo, esta es una circunstancia sociológicamente poco relevante, dado que la cantidad de personas que trabajan con impresoras 3D seguirá siendo insignificante en comparación con los trabajadores de un cadena de ensamblaje.

En segundo lugar, es mucho más interesante la circunstancia por la que no solo las mercancías son producidas con las herramientas que tradicionalmente se utilizaban para producir documentos, sino también que las mercancías más valiosas se convierten en documentos —y este es el punto fundamental—, los cuales son más importantes que aquella mercancía que tradicionalmente ha sido considerada la más valiosa, a saber, el dinero. El resultado de todo esto es que las mercancías tradicionales a menudo se ofrecen gratis o a precios muy bajos, siempre que a cambio quienes compran (cumpliendo así el trabajo fundamental —el del consumo— que no puede ser reemplazado por agentes mecánicos) dejen sus datos. Estos datos valen mucho más que el dinero porque nos hablan no de lo que tienen, sino de lo que son, de sus creencias, de sus debilidades, de sus esperanzas.

Esta circunstancia, más que una contradicción dentro del capital —que renuncia a la acumulación de dinero para dar valor al conocimiento de las personas— es, de hecho, la revelación de la naturaleza del dinero (que es esencialmente un instrumento de información sobre nuestra solvencia) y la revelación de la naturaleza de las mercancías, lo cual es muy importante para el comunismo realizado. Ciertamente, lo que para Marx constituía el arcano de las mercancías, el hecho de que fuesen una relación entre personas que se solidifica y se esconde en un objeto se revela ahora, ya que todo documento es explícitamente una relación entre personas. Hoy en día cada uno de nuestros movimientos deja huellas y produce documentos (esto es, valor y riqueza para aquellos que saben cómo usarlos), ya que tiene lugar

en la web. Por esta razón, ya no hay ningún arcano: a día de hoy, es claro como el sol que el archivo que familiarmente llamamos web es valioso porque contiene documentos que son infinitamente más ricos que el dinero porque conservan la huella de cada acto de la humanidad. La web es una Biblioteca de Babel que los algoritmos transforman en una fuente de predicción y de conocimiento del mundo social.

De ahí una consecuencia digna de la reflexión. El neoliberalismo seguramente se ha equivocado, pero su error no ha consistido en considerar el capital como imprescindible (que, de hecho, lo es), sino más bien en pensar que el capital es el capital financiero, destinado a obtener ganancias, cuando en realidad es mucho más que eso. Del mismo modo que el marxismo había pensado erróneamente que el capital era únicamente la producción de mercancías y trabajo. El capital es la forma esencial de la cultura humana, por tanto, de la naturaleza humana (no existe una naturaleza humana fuera de la cultura), porque es la condición de posibilidad de la técnica y de los objetos sociales: sin archivo —es decir, sin capital— no nos liberaríamos de la esclavitud del dinero, sino más bien (como en la imagen de la desgracia según Homero) estaríamos «sin familia, sin ley y sin hogar». Por tanto, la revolución documедial ha hecho que sea potencialmente marginal aquel documento informativamente pobre que es el dinero: el dinero, que *representa* de manera incompleta el archivo, ha sido reemplazado por el archivo como tal. De este modo, el capital documедial puede representarse en la forma de una pizarra universal, en la que se registran todos los actos sociales de forma indeleble y accesible a toda la humanidad.

§3. El fin de la alienación

Keynes había profetizado que trabajaríamos quince horas a la semana, pero tenemos la impresión de que trabajamos quince horas al día. La ironía aquí es que en muchos países desarrollados la tasa de desempleo es alta. ¿Cómo es esto posible? Si el hecho de que las mercancías se muestren como documentos revela, a su vez, el arcano de las mercancías. Aquí nos enfrentamos a otro arcano, el del trabajo. Aunque en apariencia el capital documедial requiere muy poco trabajo no retribuido (algunos técnicos, algunos comerciantes, unos pequeños botones reemplazados por bandadas de drones) en realidad ponen a trabajar al mundo entero. Si bien el capital industrial consistía en la fuerza laboral (pagada) y en los medios de producción (puestos a disposición por el capitalista); en cambio, el capital documедial consiste en la movilización (no retribuida) y en los medios de registro de esta movilización (comprados por los movilizadores). Lo que el capitalista documедial pone son los medios de interpretación, que constituyen realmente los instrumentos de un capital cognitivo que, sin embargo, no consiste, como podría pensarse, en un conocimiento difuso, sino precisamente en lo contrario, pues se beneficia del conocimiento centralizado y reservado de una movilización total de los usuarios.

En la revolución documедial, el trabajo en el sentido tradicional —entendido como fatiga, alienación y retribución— está desapareciendo y está destinado a desaparecer cada vez más a escala mundial. Las calles se llenan con *runners* que queman calorías en el exceso y que no son

consumidas por la fatiga laboral, pero que mediante esta actividad aparentemente lúdica están trabajando, puesto que generan valor y datos sobre su salud, sobre su forma de caminar, sobre sus gustos musicales, sobre los caminos elegidos para correr. Más que una desaparición, de lo que aquí se trata es de una diseminación del trabajo, el cual no ocuparía un lugar central y monolítico que define la identidad de las personas, sino más bien que se dispersa y se esconde en los pliegues de nuestras vidas, convirtiéndose precisamente en movilización, agitación constante en la interacción con la web (que, a diferencia de lo que ocurre con los medios antiguos, no es soporífica, porque en la web no permanecemos pasivos sino que somos activos y estamos movilizados). Desde este punto de vista, la movilización en la web tiene las características del «trabajo soñado», según Freud: condensación (una función que tiene una finalidad lúdica que es, al mismo tiempo, una producción de valor); desplazamiento (cuando estamos en el trabajo podemos tranquilamente no trabajar, pero el trabajo nos perseguirá en la vida); figuración con el contrario: el consumo, tradicionalmente concebido como lo opuesto al trabajo, es hoy un elemento crucial del funcionamiento del sistema productivo, como lo son las vacaciones, los entretenimientos, los eventos, es decir, todas aquellas esferas aparentemente no laborales en las que se despliega la quintaesencia de la movilización, entendida como una noción que supera e incluye la reducida y tradicional noción de trabajo.

La transmutación de valores a la que Nietzsche dedicó acuciosamente los últimos años de su vida no se ha realizado; no obstante lo que ha sucedido es, en cambio, una transmutación de todos los trabajos. En el momento en el que la producción está garantizada por la automatización a precios muy bajos, mucho más bajos que los garantizados por la revolución industrial o la economía servil, lo que importa en el trabajo no es la fuerza invertida, ni siquiera la inteligencia, sino más bien el consumo, la necesidad, la dependencia y la pasividad, es decir, ese conjunto de exigencias, que en gran medida se derivan del hecho de que los humanos son organismos que ponen en movimiento y confieren sentido a la máquina productiva y que, de otro modo, estaría destinada a permanecer inoperante y, sobre todo, a no tener sentido.

He aquí el gran misterio de nuestra época. Cuando empezamos a organizar nuestra vida extra-laboral, a satisfacer nuestras necesidades, a perseguir nuestros deseos y a expresar nuestras ideas, nos apropiamos de las funciones de los bancos, de los periódicos, de la publicidad y de las agencias de viajes. Sobre todo, estamos llenando archivos desconocidos con expedientes muy detallados sobre nuestros gustos y nuestros problemas, sobre nuestros hábitos y sobre las reglas que nos hacen impredecibles para aquellos que no las conocemos (incluso para nosotros mismos), sobre nuestra salud y sobre nuestras inclinaciones políticas y sexuales. Claro está que ni un solo segundo de este tiempo es retribuido (¿desde cuándo le pagamos a las personas por el mero hecho de vivir?). Sin embargo, produce una riqueza mucho mayor que la del dinero, pues el dinero se limita a dar información sobre cuánto podemos gastar, en cambio, la información dice lo que somos y lo que queremos, cosas que el dinero no solo no puede comprar, sino que en ningún sentido tiene la capacidad de representar.

Se puede postular la siguiente objeción: ¿dónde estaría la realización del comunismo? De hecho, basta con tener los ojos abiertos para verlo. Esta movilización no es una nueva versión de la alienación tecnológica, un tema sobre el que se han escrito millones de páginas dando como único resultado el incremento de la deforestación y, por tanto, también la producción y venta de motosierras. Más que una alienación, esta movilización ha producido una revelación. De acuerdo con el principio según el cual la tecnología, lejos de distorsionar una hipotética esencia del hombre, la manifiesta. Esto es así porque el ser humano no es tal si no dispone de suplementos tecnológicos, por ello la transformación en curso ha sido una revelación de la esencia. En estos términos, no hay razón para sorprenderse de que el enorme aumento de los medios de registro producido por la web haya determinado el gigantesco cambio social que acontece ante nuestros ojos.

Esta transformación hace que la noción tradicional de alienación falle. La desaparición de la diferencia entre el tiempo de trabajo y el tiempo de vida y la subsunción del trabajo en la categoría más general de movilización, hacen desaparecer el aspecto más visible del capitalismo, según lo entendía Marx: la alienación del tiempo propio (aunque la alienación persiste con respecto a los productos del propio trabajo). En efecto, en lugar de la alienación que se refiere a los gestos repetitivos que se reproducen durante horas y en el transcurso de toda la vida laboral, tenemos la realización de la humanidad comunista de la *Ideología alemana*, aquella en la «que pueda por la mañana cazar, por la tarde pescar y por la noche apacentar el ganado, y después de comer, si me place, dedicarme a criticar» ¿No es esta nuestra vida? ¿Y no es la vida paradigmática del comunismo realizado? Observamos que, de hecho, esto no es realmente una vida (mientras tanto a nadie le gustaría volver al estado anterior), pero negar que esto sea una realización del comunismo y verla como una cruel astucia del capitalismo, es como atribuir a la declaración de derechos humanos los *discursos de odio* que, de hecho, son el resultado inesperado del derecho universal a la expresión.

§4. Conclusión: la dictadura del proletariado

Las personas, a fin de cuentas, pueden expresar sus opiniones, pues cuentan con las herramientas y el tiempo para hacerlo. Estas opiniones son en su mayoría manifestaciones de miedo, de odio y de envidia. Ahora bien, se podría postular la siguiente objeción: esto no es el comunismo realizado. De hecho, no lo es y Marx lo sabía y lo preveía perfectamente, pues había concebido la dictadura del proletariado como una etapa intermedia en la transición entre el capitalismo y el comunismo, y reconocía con exactitud la carga de odio que entrañaba, pues tenía en mente a la Comuna de París. Ahora bien, ¿qué son los populismos contemporáneos, si no la realización de la dictadura del proletariado? Desde este punto de vista, no hay nada más engañoso que el paragón entre populismo mediático y fascismo. Este último es un gobierno autoritario, así como el estalinismo era también un gobierno autoritario. El proyecto de Stalin llevaba un proyecto político que permanecía aislado de las ideas de los gobernados. Este proyecto, a corto plazo, fue su debilidad con respecto a las democracias liberales, que tenían que lidiar con la opinión pública. Pero tan influyente como fuese esta opinión, Churchill en julio de 1940, teniendo a Francia rendida, a la Unión Soviética

aliada con Alemania y contando con la neutralidad de Estados Unidos, rechazó las ofertas de paz de Hitler. Hoy no podría haberlo hecho y, seamos sinceros, hubiera sido un evento mucho peor que el *Brexit*.

He aquí la paradoja del populismo. En el momento en el que las mercancías más preciadas son los documentos, los cuales garantizan a quienes saben cómo interpretarlos un conocimiento *cambridgeanalítico*, resulta fácil proponer un programa electoral ganador. Pero esto no garantiza a quien va a gobernar ningún poder despótico, quizás reforzado por el control a modo del panóptico que se asoma a las vidas de los gobernados. Sucede exactamente lo contrario. El panóptico es un panóptico privado, no estatal y es también un panóptico invertido, por el que el gobernante se vuelve esclavo de las encuestas y de la web que lo han llevado precisamente al poder. Por tanto, el gobernante debe ejecutar las órdenes no de un amo, ya sea bueno o malo, sino las de una multitud que no es una clase social y en ningún sentido un pueblo (caracterizándose, de hecho, por una falta radical de solidaridad), sino más bien una suma de mónadas unidas por el odio y la envidia social. Los gobernados gobiernan a los gobernantes. Esto sucede no porque estos últimos vivan en una casa de cristal, sino simplemente porque el Palacio sabe muy bien lo que quieren los votantes.

Se ha dicho que los políticos actuales nos recuerdan a los *influencer* de internet. La comparación debe tomarse literalmente: como los *influencer* son el aplausómetro de los estados de ánimo de los *followers*, entonces, visto bien son los propios *influencer* los que, a su vez, son influenciados (*influenced*). Esto no es la realización de la democracia y la política, sino que se trata de una olocracia¹ (concretamente: ¿te dejarías gobernar por aquellos que estacionan en la tercera fila? Bueno, esto es la olocracia). Este odio y envidia tienen objetivos inadecuados y completamente desfasados, como son los bancos, los *banksters*, la gran conspiración y los poderes fuertes. Por el contrario, la ciudadanía no toma en consideración que solo presta su dinero a los bancos y que, al mismo tiempo, regala sus datos a las empresas, y lo hacen probablemente porque no se dan cuenta de que se trata de una riqueza en sí misma mucho mayor que el dinero que ponen en el banco. Vuelvo a insistir, no hay nada más erróneo que ver en el populismo un retorno del fascismo y un estado totalitario.

El fascismo es un gobierno autoritario y totalitario con una proyección inmensa y catastrófica. El populismo es un gobierno irresponsable y parcializado, a merced de los múltiples y contradictorios deseos de sus votantes. Esto quiere decir que el populismo es la completa ausencia de proyecto y que se dirige a los usuarios de la web, al «pueblo». Por tanto, la tarea real consiste en formarnos nosotros mismos un proyecto, ser capaces de tomar decisiones. Para hacer esto, primero es necesario responder una pregunta. ¿Cómo es posible que la gente esté tan enojada, habiendo desaparecido la diferencia entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, habiendo terminado con la alienación y estando vigente la dictadura del proletariado?

¹ La olocracia es el gobierno de la muchedumbre y es una de las formas de degeneración de la democracia

La respuesta es simple: porque trabajan gratis, pero no lo saben, tanto que su mal humor se dirige hacia objetivos imaginarios. Así como la economía pre-marxiana no veía que el salario de los obreros pagaba solo una parte de su trabajo, así hoy se tiende a no considerar (no solo desde el capital, sino también desde el trabajo) que la movilización se paga solo parcialmente por los servicios ofrecidos gratuitamente por la web. Es difícil no comprender la asimetría entre dar y tener. Los documentos que los archivos proporcionan a los movilizados por definición son generales y accesibles a todos: por tanto, no ofrecen ventajas competitivas. La información que los movilizados ofrecen a los archivos es individual y accesible solo para aquellos que saben cómo manejarlos: por tanto, ofrece enormes ventajas competitivas. A esto se debe añadir que, como dije antes, los movilizados pagan de sus bolsillos los medios de producción: dispositivos y suscripción con el proveedor (no es diferente de lo que sucede con la casa en *Airbnb* o con el coche en *Uber*).

La relación entre los movilizados y las plataformas reproduce así la clásica relación entre capital y trabajo, con una variante muy importante, a saber, que el trabajo aquí no es retribuido e, incluso antes de eso, ni siquiera es reconocido como trabajo. A pesar de ello, se siente en la piel de las personas y en la ira social, siendo una reacción a un problema que se desconoce y del que solo se advierte su incomodidad: la nueva plusvalía producida por la web. Los populistas (como sus opositores) no ven aquí un punto crucial: el problema no radica en el capital financiero ni en la globalización, sino en la gran asimetría entre los movilizados — que son los que administran las plataformas web, interpretan los datos— y los movilizados, quienes simplemente navegan en la web. Mientras maldecimos a los bancos, y quizás (con una expresión temblorosa) al «capitalismo sin estado», no se considera que los verdaderos «poderes fuertes» son otros: Google, Apple, Amazon (que hasta ahora sepamos); Tencent, Alibaba, Baxt, WeChat en China (estos nombres son menos conocidos). Y que los más fuertes de estos poderes son desconocidos para la mayoría de personas y que reciben el nombre de los «miner», porque escavan los datos y los interpretan: Acision, Criteo, Equifax, Experian, Quantcast, Tapad. ¿Quién ha oído hablar de ellos? ¿Y quién ha oído hablar de *Privacy International*, la organización que investiga e informa sobre sus actividades?

Se trata de conocer y reconocer que el intercambio que se lleva a cabo entre las empresas de gestión y cada uno de nosotros no es un intercambio justo, pero al igual que en el caso del capital industrial, implica una injusticia fundamental: los datos que constituyen el capital del siglo XXI, al igual que las mercancías fueron el capital del siglo XIX y las finanzas del siglo XX, se distribuyen sin equidad. Por parte de los usuarios se produce una movilización incesante que ni siquiera es reconocida como trabajo, ni por quienes lo ofrecen ni por quienes lo reciben. No obstante, es un trabajo a todos los efectos, desde el momento en el que produce valor. Por parte de los administradores, se lleva a cabo una capitalización de datos que produce beneficios mucho mayores que el capital financiero, porque el archivo documental proporciona un conocimiento más amplio y más útil que los que provienen del simple flujo financiero. Reconocer la naturaleza de la plusvalía documental constituye una tarea filosófica no menos importante que la realizada por Marx en su época, y que es necesaria para realizar una obra aún más importante: evitar que el panóptico invertido paralice la democracia.